

mérito de sus retratos, especialmente el de mi tía Transitito; pondré en redor los sofás y los altos sillones, todo tal cual lo exponía mi tía Sandalia cuando calmadas las convulsiones políticas, muerta la tiranía y triunfante el renacimiento democrático, volvió á abrirlo para solaz de la aristocracia y estrado de su ingenio. Y puestos en círculo curioso las damas y los caballeros, al grave compás de melancólico minué, haré aparecer una graciosa pareja: ella, peinada de cocas y tirabuzones, con falda de alepín verde-mar y manteleta blanca de encaje, zapato atacado y media calada; él, de ancho corbatín, frac azul con botones amarillos y ajustado pantalón color patito. ¿Quién es él? ¿Quién es ella? Él, ¡ay!, soy yo; ella..., ella es Delfina.

III

Esta mañana me ha dado *Bullebulle* un grandísimo disgusto. Aunque esfumado con disculpable torpeza, mi retrato moral aparece en las páginas anteriores, no faltándole sino aquellos retoques y pinceladas que los hechos sucesivos se encargarán de acentuar; tiempo es ya, para que se me conozca por completo, que diga la cara que tengo, ó mejor, que tenía; pues la de ahora, si bien conserva sus rasgos principales y el blanqueo y curtido de los años no me han desfigurado mucho, que más que los años son las pasiones las que arruinan y derrumban al individuo, en verdad no es

aquella misma del salón de Tejera que la emoción coloreaba muy á menudo ante la señorita de Daver, y cuya melena rizada, como los gajos de un sauce, som-



Al grave compás de melancólico minué, haré aparecer una graciosa pareja

breaba melancólica la ancha frente y los ojos tristonés.

Ésta, con idéntico parecido, la retrataba la miniatura que está sobre la consola, junto á la de Delfina, la Delfina de entonces, y que por mi mal pedí á *Bu-*

5

Bullebulle. ¡Cristo de mis pecados! Entró el trueno gordo en forma del atropellado mulato, y se estremeció el pavimento, temblaron los cristales, se desmayaron dos ó tres sillas, cayeron de sus repisas dos floreros y sobre la consola el maldito, destrozando cuanto cogió debajo, y fué todo lo que sobre ella había... Las miniaturas han llegado á mis manos con tan mortal deterioro, que apenas si distinguir puedo cuál es la mía y cuál la de Delfina, si no fuera por la parte inferior en que faldas y pantalones están intactos; pero lo principal, las dos caras, desconocidas; ¿qué mucho, si estoy yo descabezado y Delfina con un solo ojo, sin nariz y media oreja?

El disgusto del lance me ha quitado las ganas de escribir. Me parecía también que, sin los retratos por delante, no sabría reproducir la hermosura y la gracia de Delfina y mis ventajas físicas de antaño. Como siempre que comete una torpeza, que es cada media hora, el afligido *Bullebulle* ha venido á excusarse:

— Dispéñeme usted, *niño*, que fué sin querer. Por hacerlo mejor, por no hacer esperar al *niño*... No sé qué nervios los míos que me bailan solos.

Lo que él sentía más es haber estropeado mi retrato, que tan bien me representaba cuando yo andaría en los veintitantos: la cara alargada; la nariz fina y con el huesecito saltón muy gracioso; los ojos entre azules y verdes, lo mismo color de cielo que color de mar, según estuvieran animados ó tristes, pero siempre hermosos, grandes y derramando la bondad; la boca,

delgada; el bigote, como la misma seda; el pelo, una mata sobredorada en que el peine se perdía; los dientes, tan iguales y blancos como granitos de arroz. ¿Y la figura?, ¿y el pie y la mano? ¡Virgen del Rosariol, ¡en hombre nunca vió pie ni mano semejantes!

Es cierto, es cierto. Así era yo, tal como me pinta *Bullebulle*, y si así no hubiera sido, no me llamarían D. Perfecto, porque este mote no caería bien al que, aun siendo hermoso por dentro, asustara de feo por fuera ó no pasara de mediana catadura. Así era yo, algo parecido al Espronceda adolescente que he visto en casa del literato Luces, salvo la expresión desdeñosa, que en mí podía tacharse de modestia y encogimiento; pero la misma melena esponjadita, la misma nariz arqueada, los mismos labios apretados... Por cierto que lleva una levita azul con cuello vuelto de terciopelo, como una que yo gasté y me sentaba divinamente. Sí, sí, parece que D. Perfecto fué un real mozo; no soy yo quien lo dice, sino *Bullebulle*, testigo de mayor excepción, y la fama que ha dejado en la sociedad bonaerense. Mas lo declaro con vergüenza: para el provecho que saqué, mejor me valiera no serlo; que por negarme el señor Satanás la pícara chispa que anima á los humanos y carecer de la esencia divina que eleva al cielo, ni serví para el cielo ni la tierra me quiso...

Quedamos en que yo era un real mozo. La que *Bullebulle* no podrá pintar, porque no la ha conocido, es Delfinita Daver; ¡qué Delfina aquélla! Las gracias

todas reunidas en una sola persona, como flores exquisitas en un ramillete, tal era Delfina: un ramillete de gracias, dicho sea en una sola frase para no andar rebuscando metáforas y revolviendo joyeros y escogiendo piedras preciosas con que comparar sus hechizos. ¿Qué esmeraldas valían lo que sus ojos?, ¿qué rubíes su boca?, ¿qué oro su cabello?, ¿qué marfiles y qué nácares su piel? ¿Apelaré también á la palmera como término ponderativo de su gallardía? Nada de esto, con ser tan visto y oído, dará una idea de aquella Delfina de mis mocedades, cuyo padre, D. Isaías, oriundo de Italia, y su madre misia Candelaria ó misia Candelita, que así la llamaban generalmente, oriunda de la propia Andalucía, dijérase que otorgaron en dote á la chica las excelencias de sus patrias solariegas; y como en esta familia Daver existía un cruce de razas asombroso, porque el abuelo, italiano, era alemán por el lado materno, y la abuela, española, era inglesa por el mismo costado, adobado todo con la riquísima sangre criolla, se refundió en aquel primor de *porteña*, que otra igual no ha llegado á nacer.

Y cuenta que entonces las habla de rechupete, y en el salón de Tejera el mismo París hubiese quedado perplejo. El astro principal era Justa González, que casó luego con Esquendo, el hermano de mi tía Sandalia. ¿Saben los muchachos de hoy quién era Justita González? Era la propia emperatriz de la hermosura. No le faltaban más que la corona y el cetro. Pues ¿y la madre de Ventura Guerra?, ¿y Matildita Prisco, tía

de Estanislada?, ¿y una Solaños, Arminda?, ¿y mi tía Sandalia, que por llevarla treinta años el marido valedudinario, parecía más joven todavía, aunque no llegara, en la época á que me refiero, á los veintiocho?, y tantas otras más, tantas y tantas.

Asimismo Delfina descollaba entre todas, aun al lado de Justa González, poco mayor que ella. Era infaltable en el salón de Tejera, la primera en acudir con su madre, misia Candelita, una morena frescachona aún y decidora. El padre, D. Isaías, comerciante rico, algo burdo y nada ilustrado, muy entrometido en política y aficionado á echársela de salvador de la república, porque «si él estuviera en el gobierno» y «si lo consultaran con él,» etc...; el padre llegaba más tarde para jugar su tresillo con mi tío, el D. Gaspar de Tejera y Riquez, tan maltratado (y con razón) por la historia. D. Isaías y mi tío se querían mucho. En cuanto le veía entrar, mi tío, que discretaba con las damas, se iba arrastrando su pierna á encontrarle, y ambos se retiraban á su rincón, donde les esperaba el cuñado Esquendo, y permanecían hasta las doce, mientras la juventud bailaba, ó jugaba á las prendas, ó enredaba con el amor, ó se divertían todos con los juegos de manos de aquel Ricardito Maltán de Pablos, más conocido por Maltancito y también por Pablitos, el más feo y barrabás de los nacidos, cuya suerte para mí la deseara con todas mis perfecciones.

Porque el tal Maltancito tenía un partido escandaloso en todas partes. Se le buscaba, se le festejaba y

rodeaba allí donde aparecía, lo mismo las señoras mayores que las muchachas, los viejos que los pollos. Y venga de reir sus chistes, aplaudir sus habilidades imitativas, realmente simiescas, y sus tiradas de versos ó sus sesiones de prestidigitación. Era un bufoncillo muy ingenioso y temible, especie de gnomo, pequeño, negruzco, cubierto casi todo de pelo, la boca en eterna mueca, como la máscara de la risa. Indispensable elemento de todo salón, de toda fiesta; irremplazable para dirigir una danza ó exponer una comedia ú organizar una expedición ó acto cualquiera de entretenimiento, Maltancito cautivaba con las lentejuelas de su frivolidad y era el tiranuelo social mejor soportado de cuantos ha habido en el mundo.

Yo sabía de Maltancito muchas cosas feas, por Salustiano. Jugaba, bebía y era el coco de las mujeres alegres. Parece que una turca de Maltancito era espectáculo graciosísimo, que sus amigos de la aristocracia (toda la juventud aristocrática) se regalaban por turno y convidaban á gozar como pieza de teatro. Sus gracias hacían cosquillas á todo el mundo, aun á los que aborrecían de veras á aquel títere.

Con esto no vaya á creerse que era Maltancito un pelafustán de la clase última. Los Maltán de Pablos tenían buena fama y algunas riquezas en casas y campos, y su abolengo arrancaba de los tiempos de la colonia; gente honradísima toda, irreprochable, en quien las celebradas diabluras del Ricardo no hacían maldita de Dios la gracia.

Yo, que antes le veía apenas, como después de mi salida de la tienda de Vargas iba con mayor frecuencia á casa del tío Tejera, me topaba con él cada noche. Confieso que me sentía humillado ante aquel mal engendro. Si fuese yo capaz de odiar, le habría odiado de todo corazón. Porque mientras en torno de mí reinaba el vacío, se apiñaban todos junto al burlesco mamarracho, y entre todos Delfina, prendida de sus extravagancias de modo que no daba paz á la risa, ni á sus manos en palmotear alegremente; sobre la confusión de cabezas que ocultaban al mono, se agitaba la suya hermosísima, como flor sobre su tallo, y á veces se volvía á mí, al amigo solitario del rincón, y me dirigía graciosos aspavientos:

— ¿Qué hace usted ahí? ¿Por qué no se acerca? Venga usted, que es de lo más divertido...

Me enamoré yo de Delfina en fuerza de verla y admirarla, amor sereno y respetuoso, de éstos que se complacen en el silencio y todo lo fían al tiempo y á la influencia de las propias prendas, que se cree invencible; pasión en que el amor propio entra más de la cuenta, y no por soberbia, sino por exceso de confianza, descuida los más elementales recursos en la conquista femenina. Siendo yo un D. Perfecto consagrado y atribuyendo á Delfina toda clase de envidiables condiciones morales, tantas y tan excelentes como las que decoraban su personita; siendo además D. Isaías un buen hombre y muy razonable señora misia Candela, no lo dudaba, lo daba por seguro, que mi demanda,

cuando la presentara, había de ser admitida desde luego y por unanimidad.

Mi tía Sandalia me lo decía, tan convencida como yo mismo:

— Piénsalo bien, Juanito de Dios, observa y escoge. Así que escojas la que más te agrada y te decidas, me lo avisas; que aunque mozo de tus méritos no necesita recomendación, en todo tejemaneje amoroso la mano de una amiga nunca sobra, y si es parienta mejor. Lo que yo siento es no tener hija que darte, Paula está en sus cinco años; que si la tuviera, ya te había caído suegra.

Y cuando quería presentarme á alguna mamá ó á alguna muchacha casadera, lo hacía en términos entusiásticos como éstos:

— El fénix de los jóvenes. El modelo, el número uno, el incomparable...

No echaba yo de ver, como ahora, que la respuesta era una sonrisita de irónica complacencia en unas ó de indulgente compasión en otras, la manifestación que se guarda ante la vista de un fenómeno que no interesa ni poco ni mucho.

— Sí, sí — intervenía el tío Gaspar, — la seriedad en persona, la moralidad de cuerpo entero... ¡ah!, y se acuesta con las gallinas, ¿eh?

Algunos se reían con más franqueza, y si andaba cerca el Maltancito, ya había para rato con sus chuscadas impertinentes. Yo me corría mucho con estos elogios de mis cualidades que en aquel centro, por

virtud del ambiente, parecían defectos ridículos, ocasión de mofa y causa de que yo me avergonzara de ellas tanto como se vanagloriaba Maltancito de las suyas perversas.

La familia Daver no pertenecía, en apariencia, al grupo de los risueños ó burlones, y me demostraba una simpatía tan expresiva, que el amor que poco á poco se me iba entrando por las puertas del alma cobraba fuerzas y echaba raíces que debían de ser muy hondas. Todo era presentarse misia Candelita en el salón, y ya me buscaba con los ojos y me atraía hasta su butaca para reanudar nuestros graves diálogos acerca de cuestiones abstractas, que ni yo entendía ni ella tampoco, pero que nos complacían mucho; después he caído en que por su parte había fingimiento y un poquito de esto que llaman tomar el pelo, si no pienso mal y la calumnio; pero, en verdad, ella se acaloraba tanto como yo, los dos nos poníamos fúnebres, y sus relucientes ojos de andaluza se animaban como los míos para echar pestes contra el mundo y sus vanidades.

Con boberías de este jaez me daba yo por tan satisfecho, que allí era el desbocarse de mi lirismo en pro de todo lo grande, lo noble, lo puro y lo ideal que exalta al hombre y lo aproxima á Dios. Así me mostraba tal cual era, me daba á conocer todo entero á la madre de Delfina, que por fuerza tenía que apreciar a diferencia que existía entre un joven bien intencionado y no contaminado de corrupción y los títeres de